

Jeromin

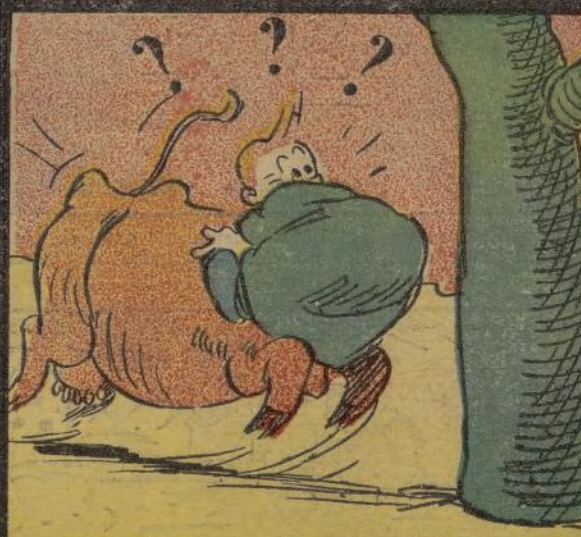
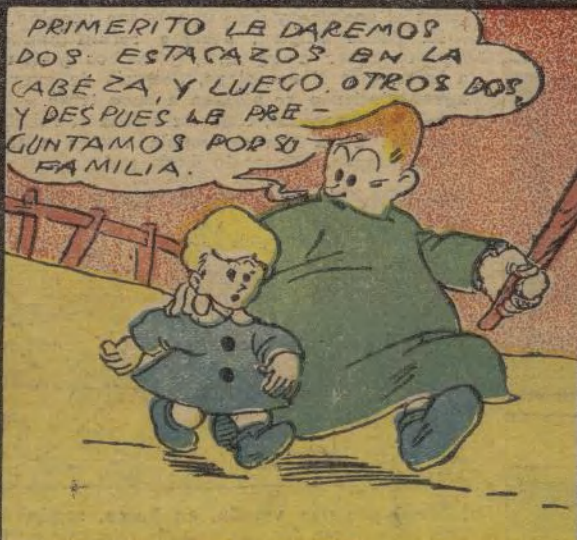
10 CTS

AÑO VI.—NUM. 273

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid, 2 de agosto de 1934

GRACIOSÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN



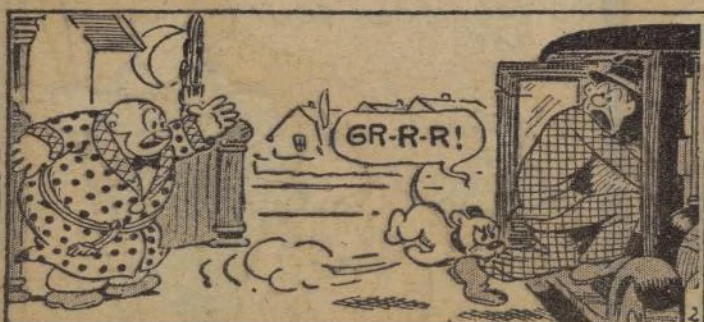
DON SIMPLÓN Y DINAMITA



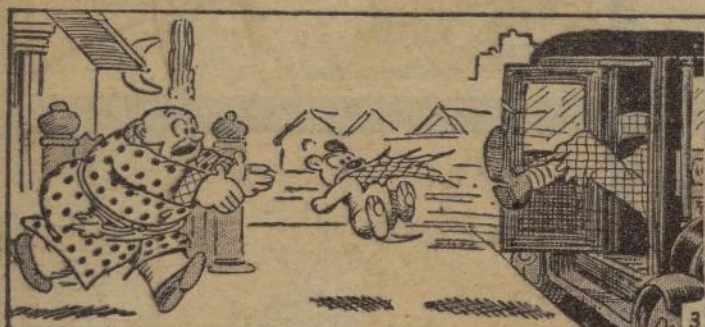
Don Simplón estaba francamente emocionado ante aquel nuevo contrato, sin sospechar la maldad de los criminales "Tomo" y "Dale".



Los reconocidos estafadores y cien por cien asesinos, cargaron con Feote metiéndole en el coche a viva fuerza, pues Feote estaba muy "mosca".



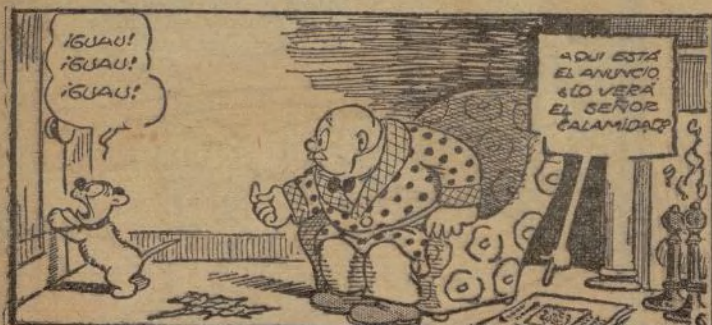
Pero mucho más "mosca" estaba Dinamita, que al ver que se llevaban a su amigo se lanzó sobre el "Toma" y le largó un directo con sangre.



El "Toma" correspondió "amablemente" a la caricia, y el valeroso Dinamita fué proyectado en "plongeón" con la misma elegancia que una rana.



Don Simplón recogió a su perrita mientras los criminales huían: "Vamos, hijita—le decía—cálmate que te pones que se te va a romper una vena".



Pero Dinamita había olfateado la tragedia y gruñía, ladraba y brincaba queriendo escapar. Y don Simplón tan tranquilo. ¿No se enteraría?

BAJO EL IMPERIO DEL TERROR

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO.

CAPITULO I

En el destierro

Al atardecer de un apacible día de otoño de 1792, llegaban a la orilla occidental del lago de Constanza dos viajeros, embutidos en un destarado carretón conducido por un campesino suizo. El jamego caminaba a paso de tortuga. Era inútil que el carretero descargase sobre él una lluvia de latigazos; el pobre animal tenía trazas de tirarse en tierra y negarse a dar un paso más.

Desesperado, por fin, el carretero, se volvió a los viajeros, y mitad con gestos, mitad con palabras de una jerga entre francesa y alemana, les

hizo comprender que era imposible pasar de allí, y que tendrían que apearse para llegar a pie hasta la ciudad.

Asomando entonces por debajo del toldo su venerable calva uno de los viajeros, le dijo al otro: —Está visto, Miguel, que no hay más remedio que echar pie a tierra. El pobre animal tiene razón que le sobra.

A lo que respondió el interpelado:

—No lo crea vucencia. Tan remeón es el caballo como el galopin de su amo. Con un poco de buena voluntad, podrían muy bien llevarnos hasta Constanza. Yo he visto que los latigazos no



caían sobre la bestia, sino sobre las varas del carro. Déjeme vucencia tomar las riendas y el látigo y verá cómo salimos a galope.

—De ningún modo, Miguel. Mi lema es no abusar de nadie. Apéate, ayúdame a hacerlo a mí, paga al cochero y dale una buena propina.

El pobre Miguel, aunque refunfuñando, tuvo que obedecer a su amo, y ambos pudieron ver a poco, que el carretero, después de expresar su agradecimiento, se alejaba a buen trote.

—Mire vucencia, cómo se anima el caballo. ¡Ah, tunante! Para que vucencia vuelva a fiarse de estos picaros. ¡Ya se lo decía yo!

—Peor para él si nos ha engañado—dijo el anciano; y después de repartirse el equipaje, echaron a andar hacia Constanza, que aún distaba dos horas de camino. Para disimular su cansancio, el viajero a quien su compañero daba título de Marviajero, a quien su compañero daba título de Marqués, se detenía al final de cada repecho, y contemplando el espléndido panorama a la deliciosa luz del crepúsculo, evocaba tiempos lejanos pasados en aquellos mismos parajes, recuerdos de días felices de su juventud, que tanto contrastaban con las amarguras que en su ancianidad le agobiaban. A poco, el anciano, dejando el camino real, se



internó por una vereda, en busca, según dijo, de una hospedería famosa por el trato que en ella daban por las truchas y anguilas del vecino lago que servían y por los insuperables vinillos de su bodega. La antigua hostería había desaparecido. Comentándolo estaban, cuando apareció junto a ellos un fraile de la vecina abadía, que se ofreció a guiarles hasta la nueva hostería, no lejana de allí. En el camino les dijo que venía de Constanza, adonde había ido con el encargo de recibir a un anciano emigrado francés, el marqués de Latour, que, huyendo de la revolución, había sali-

do de Francia, y debía haber llegado a casa de un amigo suyo en la vecina ciudad; pero que, indudablemente, se había detenido en el camino, porque en casa de su amigo no se tenía aún noticia de él.

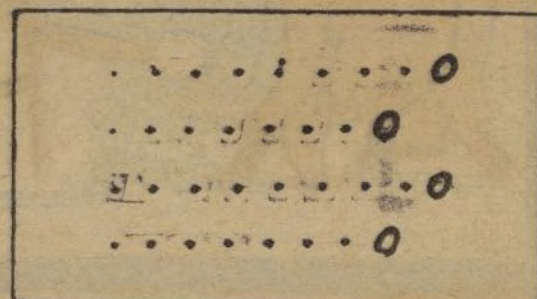
Al oír aquello, el bueno de Miguel estuvo ya decidido a intervenir en la conversación; pero su amo le atajó, y habiendo ya llegado a las puertas de la hostería, se despidieron del religioso y entraron a descansar de las fatigas de su viaje.

(Continuará.)

PASATIEMPOS

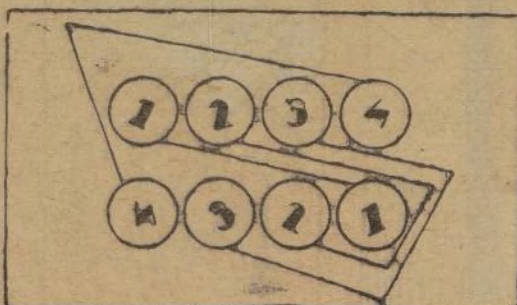


Con estos trozos blancos se puede componer un rectángulo. Intentadlo.



En estas cuatro líneas escribid cuatro nombres de varones que todos terminen en o, y cuyas iniciales, leídas de arriba a abajo, formen otro nombre de varón.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Así se puede unir con líneas cada ficha de la hilera superior con su igual de la inferior, sin que las líneas se crucen.



Esta es la palabra de tres letras, nombre de un pecado capital, que se puede componer con los trozos negros del problema.

LA PELOTA



De nuevo tenemos aquí a Brincacharcos, quien, como de costumbre, quería apoderarse de lo ajeno, que en esta ocasión



era una pelota propiedad de los niños del colegio de don Carrillo. La pelota vino a caer debajo de un camión, y Brinca-



charcos se lanzó a por ella, sin tener en cuenta que el camión era el de la limpieza y que en aquel preciso momento abría



sus grifos para regar la calle, encontrándose en su trayectoria acuática con Brincacharcos, que no pudo saltarse aquel charco descomunal.

VERDADES Y MENTIRAS

UN ELEFANTE CEELEBRE

En 1810 llegó a Londres el elefante más gigantesco que se había conocido. Se llamaba "Chuny", y fue adquirido en novecientas guineas por Enrique Harris para hacerlo trabajar en una pantomima.

Cierta día, durante un ensa-



yo, "Chuny" debía atravesar un puente figurado, llevando sobre sus espaldas a una actriz, en medio de un deslumbrante cortejo. El elefante, por una u otra causa desconocida, se negó en absoluto a cruzar el puente. Los guardianes comenzaron a azuzar al animal y a golpearlo y herirlo con un palo, provisto de una contera de hierro. El pavimento estaba cubierto de sangre, pero "Chuny" no cedía. Los golpes redoblaban, y el mismo empresario Harris, perdida toda serenidad, excitaba al castigo.

En esto entró en la pista el capitán Hay, que había traído a "Chuny" de la India, y el animal, al verlo, se acercó a él, lo miró con ojos suplicantes, y cogiéndole una mano con la trompa se la llevó a una de sus he-

ridas, y teñida allí en sangre, la puso ante los ojos de su amigo. Todos los espectadores se conmovieron, y el castigo cesó.

Para desenojar al animal, Harris le trajo un plato de miel. "Chuny" la cogió con la trompa y la tiró despectivamente. Entonces el capitán Hay le volvió a ofrecer otro recipiente de miel, y "Chuny" la aceptó y comió tranquilamente, y acarició luego con la trompa a su buen amigo.

UN PAPAGAYO INFORMAL

El rey Enrique VIII de Inglaterra tuvo un célebre papagayo blanco, que, según cuentan, hablaba como un hombre.

Un día el pajarraco se cayó en las aguas del Támesis, y sin perder la serenidad comenzó a gritar: "¡Una barca, una barca! ¡Veinte esterlinas!"

Un barquero lo oyó; acudió al punto, reconoció al papaga-



yo del rey, lo salvó y se lo llevó a su dueño. Este, creyendo excesivo el precio que su papagayo había ofrecido por su salvación, le preguntó si era cierto que había ofrecido veinte libras esterlinas. Y el animal, to-

mando un gesto altanero propio de palaciegos, más pronto para prometer que para cumplir, respondió al rey: "¡Veinte chelines! ¡Veinte chelines!"

UN POETA SUPLANTADO

Cierta día en que se celebraba el natalicio del emperador

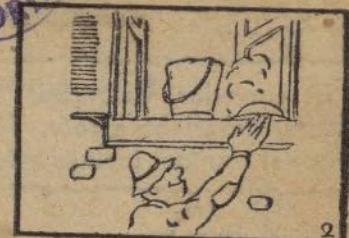


Augusto, aparecieron en las puertas de palacio escritos unos versos laudatorios, que el emperador apreció en gran manera. Deseando saber quién era su autor, para recompensarle, se presentó un tal Batilio, que fue galardonado por el César. Pero Batilio no había sido el autor de los versos; y días después aparecieron de nuevo en el mismo sitio cuatro hemistiquios o medios versos, que era necesario completar para que tuvieran sentido. Augusto invitó a que lo hicieran a todos los poetas de la corte, y nadie lo consiguió. Se presentó entonces un joven y casi desconocido poeta, llamado Virgilio, que supo acabar los versos perfectamente, y que con ello demostró que era también autor de los versos atribuidos a Batilio.

LA DUCHA



"Mucha-hambre" era un golfo de mala catadura, que, como su apodo lo indica, comía un día no y otro tampoco. "Mu-



cha-hambre" aprovechaba cuantas ocasiones se le presentaban para meter mano a cualquier objeto comestible que se ponía

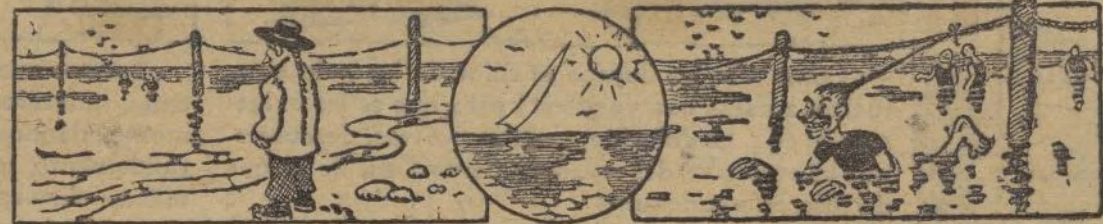


a su alcance. Y aquel día precisamente, la casualidad puso ante sus narices un exquisito plato de fiambres, del cual in-



tentó apoderarse, sin prever que el plato estaba sujeto a la ventana, la que, al cerrarse, dió un húmedo castigo al ladrón "Mucha-hambre".

UNA IDEA QUE NO ES DESCABELLADA



Chan Dun Chin, el chinito, estaba pasando un calor horrible aquel verano, pues como el pobrecito chinito no sabía nadar, le era imposible bañarse en las playas, cuyas aguas

eran muy profundas, y Chan Dun Chin, el chinito, tenía mucho miedo a ahogarse desde un día que, de pequeñito, se cayó a un barreño y tuvieron que sacarle a lazo. Pero como la ne-

cesidad aguza el ingenio, nuestro chino ideó un medio para bañarse sin peligro, haciendo de su coleta un salvavidas que le permitiera bañarse sin peligro alguno para su integridad

LOS MARAVILLOSOS VIAJES DE GULLIVER

CAPITULO CUARTO

(Continuación.)

Ordenó publicar por bando, para que todos lo supiesen, mi designio de visitar la ciudad. La muralla que la defendía por todos lados tenía dos pies y medio de altura y once pulgadas lo menos de ancho, de suerte que podía muy bien rodar en ella un coche, y dar su vuelta alrededor sin peligro. Estaba asimismo flanqueada de fuertes torres a diez pies de distancia la una de la otra. Yo entré por la puerta occidental y anduve las dos calles más principales muy despacio



y siempre de costado, sin otra ropa que un juboncillo corto por no arruinar los tejados con las faldillas de la chupa; guardando una extrema circunspección

en mi marcha para no pisar a algunas gentes que habían quedado en las calles, no obstante las órdenes estrechas comunicadas a todos a fin de que se recogiesen en sus casas, y se mantuviesen en ellas sin salir de ninguna manera hasta que me retirase. Los balcones y ventanas del primero, segundo, tercero y aun del cuarto piso, las de los desvanes y sobrados estaban todas cubiertas de un número considerable de espectadores; hasta en los mismos tejados había gentes, de donde inferí que la ciudad debía ser excesivamente

populosa. Su figura es un cuadro perfecto que forman cuatro lienzos de muralla de quinientos pies cada uno. Las dos calles principales que se cruzan y la dividen en cuarteles iguales tienen cinco pies de anchura; las demás donde no pude entrar tendrán de once a diez y ocho pulgadas. Puede contener muy bien aquella ciudad quinientas mil almas. Las casas tienen tres o cuatro pisos. Sus tiendas,



bien surtidas; sus mercados, abundantes. Antiguamente tuvieron buena ópera y comedia; faltaron aquellos autores a quienes promovía la liberalidad del Príncipe, y cesaron estos espectáculos.

El Palacio del Emperador, situado en el centro de la ciudad donde se cruzan las dos calles mayores, está cerca-



do de una pared de veintitrés pulgadas de altura, a veinte pies de distancia del edificio. S. M. me permitió echar una puerca por cima de la pared para poder ver su Palacio por todos lados. La plazuela exterior que forma es un cuadro de cuarenta pies, y dentro de él hay otras dos. En la más interior está la habitación de S. M., que era lo que más deseaba ver; pero era tan difícil, co-

mo que las mayores portadas apenas tenían diez y ocho pulgadas de alto y siete de ancho; además, el edificio de la plazuela primera debía tener cinco pies de altura lo menos, y me era imposible saltar por cima sin riesgo de romper las pizarras de que estaba fabricado el techo; pero de las paredes no había que temer, pues tenían cuatro pulgadas de grueso y su arquitectura tan sólida, que era toda de sillería.

El Emperador también quería que viese la magnificencia de su palacio. Pude darle este gusto al cabo de tres días, que ocupé en cortar algunos árboles de los más grandes del Parque Imperial, que distaba de la ciudad casi cincuenta toesas. De ellos fabriqué tres banquillos, tres pies de alto cada uno, y bastante fuertes para poder resistir el peso de mi cuerpo. Repitióse el bando a fin de avisar al pueblo, y tomando mis ban-

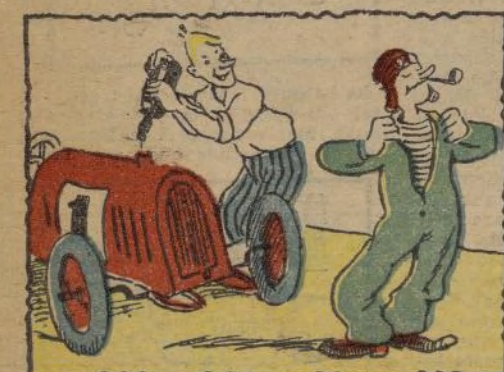
quillos volví a atravesar la misma calle hasta llegar a Palacio.

(Continuará.)

CASCARILLA ES UNA ARDILLA



El corredor Velozini, "as" del volante, desafiaba a todos los corredores del mundo, incluso a los corre-



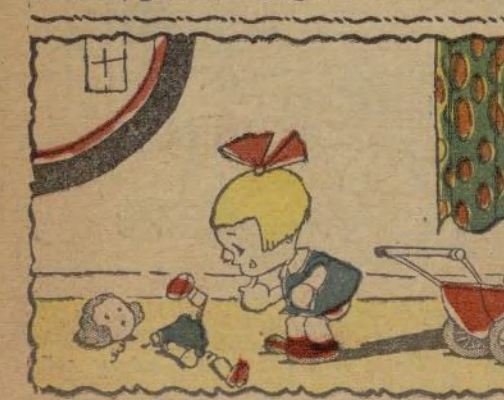
dores de comercio y a los de las casas de vecindad. Cascarilla acudió al desafío y Velozini aceptó, diciendo:



"Desgraciado; tú no sirves ni para echarme agua al coche". Entonces Cascarilla le echó vino de Valdepe-



fias, y el bolido agarró una cogerza que le hizo ir haciendo esos por la carretera, ganando el gran Cascarilla.

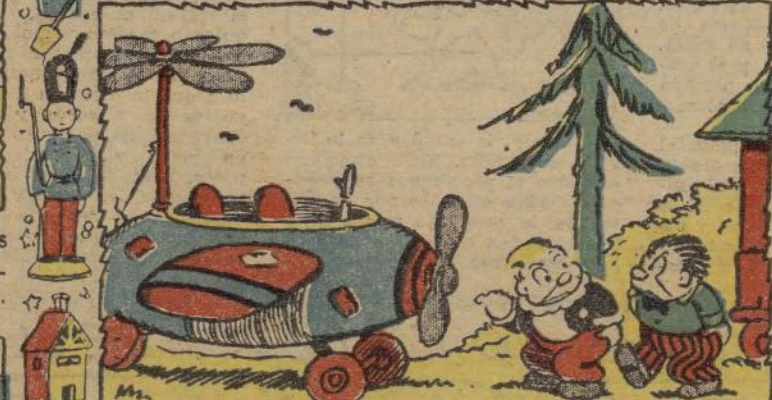


Carolinita estaba muy triste porque se le había roto su muñequita. ¡Ay, qué triste estaba la pobre!

HAZAÑAS AL ALIMÓN DE



Los tres compinches dejaron a los pilluelos atados en la barca, y ellos montaron en su aeronave, llevando a bordo un soberbio cachalote que habían pescado, pues era su especialidad la pesca de cachalotes y de quisquillas.



Como aún les duraba el calor de los paletazos, fueron a darse una vueltecita para que se les oxigenase el cutis dolorido, y, de improviso, descubrieron la aeronave del inventor Pérez Oso, de la que decidieron apoderarse.



Pérez Oso, rápido como un autobús de los modernos, entró en su casa portátil y sacó un extraño aparato que enfocó hacia las alturas, sin que el admirado capitán pudiera precaver qué sería aquel nuevo invento.

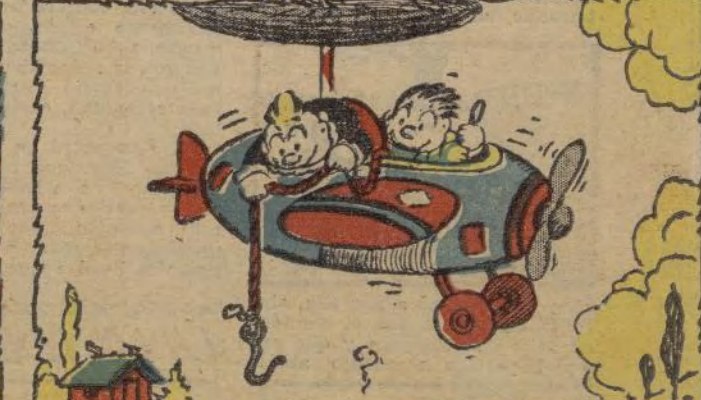


Cuando ya la cabeza de Carolinita estaba a punto de convertirse en un globo cautivo, llamó su atención el grito de guerra de Laura.

AL ALIMÓN DE



Llegados a sus dominios, comenzaron a preparar una gran caldera para freír al cachalote, al que habían depositado en una tina de agua oxigenada para que se tiñera de rubio. No observaron que los pilluelos habían llegado por un atajo.



Y como cuando pensaban una cosa nada les detenía, montaron en el aparato y se elevaron raudamente, dándose a mi ocasión de poner otra vez raudamente, que es una de mis debilidades. Además se elevaron con un gancho, como veis.



Tizón, que se había arrojado de... narices sobre la tina para refrescarse la parte chamuscada, fué obsequiado con un "cariñoso" mandoble por el cachalote. Mientras, el inventor seguía manipulando, activo, en su aparato.



Y como Carolinita, además de ser rubia y llevar un lazo tan grande, era más lista que el gato Félix, comenzó a sustituir a la muñeca.

TARUGO Y PERDIGÓN



Tarugo y Perdigon, que no escarmentaban, y que, además de no escarmentar, seguían odiando a muerte a Tizón y compañía, comenzaron arriesgadamente a apoderarse de los pasteles de Tizón. Pero éste tenía más vista que un telescopio.



Y cuando Pérez Oso y el capitán comenzaban a inquirir el peligro que pudiera amenazarles, pues el pato centinela lanzaba su grito de alarma, los pilluelos echaron el garfio y cazaron lindamente a Tizón, su odiado enemigo.



Y, ante el asombro del capitán, la alegría de Tizón, el júbilo de Pérez Oso y el canguelo de los pilluelos, el extraño aparato fué atrayendo a la aeronave, siendo inútiles los esfuerzos de Tarugo y Perdigon para elevarse.

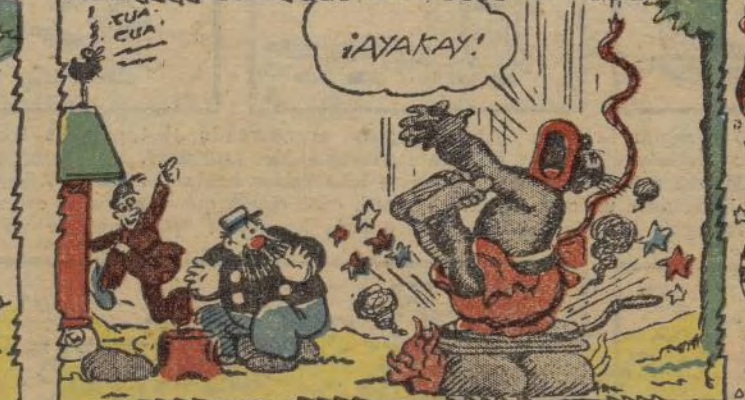


Y más contenta que si la hubiesen llevado al "cine", Carolinita salió de paseo con Laura, a quien le agradaba pasear en coche.

Y PERDIGÓN



Y cuando los hermanitos creían que se la estaban dando con queso al negro, éste, que les había visto reflejados en la paleta, les echó la zarpa y se dedicó a tocar una bonita sinfonía en sus preteritos pluscuamperfectos.



Luego, dando un giro aroso, como consumados aviadores, hicieron caer al moreno en la caldera de aceite hirviendo, mientras el negrito, que ahora resultaba cazado, lanzaba gritos y alaridos pavorosos de rabia y de dolor.

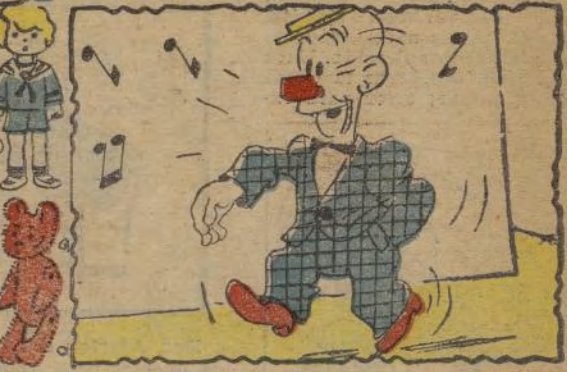


Y, segundos después, Tizón comenzaba a recrearse en su venganza, mientras Pérez Oso y el capitán continuaban su partida de tute, haciéndose todas las trampas que podían. ¿Quién saldría vencedor de aquella terrible lucha? (Continuará.)



En el campo se encontraron con doña Alarica. "¿Es esa tu muñeca?" "Sí, señoría. Pero, hipita, ¿por qué llevas ese bicho raro?"

REPOLLO CARA DE BOLLO



"Tran, la, ran, la, ran — cantaba Repollo — Voy a contratarme como músico, pues está visto que el canto



es mi porvenir. ¡Carambola! — prosiguió monologando — Voy a enseñarle a ese tío cómo se pasa de una



escala a otra, pues ese murgante no tiene noción de la música". Pero el murgante, que le había oído, le hizo



pasar de una "escala" a otra un tanto violentamente y con grave detrimento de sus hermosas narices.



"El bicho raro será usted" — dijo la muñeca — "Rayos y truenos, llévame de aquí o le mondo a esa señora adefesio".

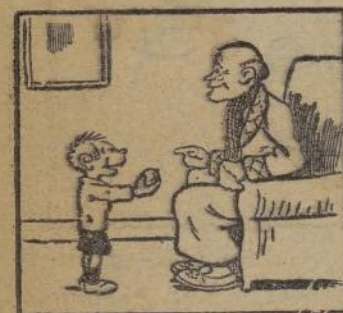
Risa para la semana con "Laura" la charlatana

PASATIEMPOS

Los picos de las aves adoptan formas de variedad infinita, adaptadas a las necesidades de la vida de cada animalito. Unos sirven para desgarrar la carne de las víctimas; otros para ex-



carvar nidos en los troncos de los árboles; otros para almacenar la comida de las crías; otros para pescar; otros para trepar; otros para coser las hojas con que forman su nido, y otros de espantajo para asustar a los enemigos.



—¿Cómo distingues a los gallos jóvenes de los viejos?
—Por los dientes.
—¿Pero los gallos tienen dientes?
—No, pero los tengo yo.

Vosotros conocéis de sobra este instrumento: es una guitarra. Una guitarra de cuatro cuerdas.



llamada "ukelele" por extranjeros y extranjerizantes. Este que veís es el más desconocido ejemplar que se conoce. Con él dió conciertos Mis Fleming en las islas Hawái, y alcanzó ruidosos éxitos.



—Mamá, ¿es verdad que sufres cuando me castigas?
—Sí, hijo mío.
—Pues prepárate a sufrir mucho; acabo de romper el espejo grande de la sala.

Esto es una obra de arte. Lo afirmamos con el firme convencimiento de las palabras dichas con toda la fuerza de la razón.



Y la obra de arte no es, precisamente, el Viaducto, sino el dibujo, ese dibujo cuyo autor, el chaval Manuel Anta, es un émulo de Murillo.

PLANCHA!!



Don Alarico era aficionadísimo a las chuletas de huerta, pero, sobre todo, a las aventuras detectivescas, por las cuales se volvía chalupa. Salíó don Alarico a darse un paseito higiénico para entrenar a los callos, cuando un encuentro ines-

perado le hizo dar un brinco al corazón al descubrir en medio del camino unos cuellos de caballero. "Esto debe de haber sido algún crimen misterioso o, por lo menos, un atraco", pensó. Y decidido a aclarar el misterio del cuello duro,



don Alarico comenzó a seguir la pista del cuello, encontrando poco después diferentes objetos de uso personal. Cada vez más intrigado y persuadido de que se hallaba ante un crimen extraño, el futuro detective siguió tras de la pista se-

gura, encontrando de trecho en trecho, pruebas palpables del asesinato. Y de pronto, la emoción le hizo saltar hasta las gafas. Allí, sobre el césped, cual clarín que cantara el crimen, estaba la navaja homicida. "¡Cuernos de un rinoceronte!



—bramó, buscando el revólver—. Ya no me cabe duda de que es un crimen alevoso". Y unos metros más allá oyó una voz iracunda que tronaba: "¡Esto es un crimen! ¡Un verdadero crimen! Ese carpintero nos ha hecho una birria de maleta. Fíjate, fíjate; hemos perdido todo el equi-

paje; no ha quedado ni la navaja de afeitar..." Don Alarico se volvió cabizbundo y meditabundo, y cuentan las crónicas que jamás volvió a preocuparse de asuntos detectivescos, dedicándose por entero a comer huevos fritos, que también tiene su parte emocionante.

EL "CLUB BOMBÓN"



Pilín, Bombón y Lucero son tres compinches sobradamente conocidos por todos los muchachos amigos de golosinas. Inquietos aventureros, tenían forzosamente que hacerse íntimos de JEROMIN, y éste los presenta hoy a sus amiguitos para que conozcan sus andanzas por esos mundos, en los cuales, el chocolate y los caramelos, triunfan.

Cuantos niños quieran seguir de cerca los episodios de la vida de Bombón, Pilín y Lucero, hallarán diariamente, en los estuches que expenden los aparatos automáticos colocados en las estaciones del «metro», bares, «cines» y otros diversos puntos, amenos relatos que, coleccionados, permitirán, además, adquirir preciosos juguetes.

¿COMO?

Perteneciendo al Club Bombón. Para ello bastará que reunáis una historia completa (20 episodios) de las andanzas de nuestros insignes amigos. Presentando una de esas historias en el domicilio social (Castelar, 14, Hotel, Madrid Moderno) seréis inscritos como miembros del Club Bombón, y recibiréis un precioso Diploma y un ejemplar de los Estatutos que ha aprobado la Junta Directiva, grada por Bombón, Pilín y Lucero, los tres compinches.

Estos Diplomas llevan uno o varios números para participar continuamente en



los sorteos semanales de juguetes. Además, los 100 niños que demuestran mayor interés por el desarrollo del Club, formarán la centuria del club Bombón, y cada mes serán obsequiados con un objeto, independiente de los regalos que les puedan corresponder en los sorteos antedichos.

El Club Bombón tendrá como órgano de prensa la mejor revista infantil: JEROMIN. (Alfonso XI, número 4, Madrid). Aquí podéis dirigir vuestra correspondencia, poniendo en un ángulo del sobre: "Para el Club Bombón", y por JEROMIN estaréis informados de las actividades del Club, de sus planes para el futuro, de los resultados de los sorteos, de los nombres de los niños que forman la Centuria y de cuantas noticias pueden interesar a los clubmans.

Bombón, Pilín y Lucero esperan ya impacientes a todos los niños que quieran compartir con ellos su vida de aventuras, en persecución de juguetes y dulces para repartirlos entre todos los afiliados al Club Bombón, que, sin duda, serán innumerables.

Así es que ya lo sabéis, queridos niños; es preciso que os inscribáis en este flamante y magnífico Club Bombón, que ha de hacer vuestras delicias, y que os reserva muchas y gratísimas sorpresas. ¡Pronto lo sabréis!

AMENIDADES

¿Cuál es más alto? Es difícil a primera vista creer que estos hombres tengan la misma altura, y, sin embargo, así es. Medílos con una regla y veréis que son perfec-



tamente iguales. Vuestros ojos se engañan, porque suponen una perspectiva, y en ella cada objeto parece mayor cuanto más lejos se le dibuja sin alterar sus dimensiones absolutas.



Entre los infantiles espontáneos que practican el difícil arte del dibujo a pluma, destaca este pequeño Gonzalo Velasco, que nos remite un apunte de Rubens, que no lo mejoraría ni el propio retratado si resolviera.



—Oiga usted, guardia; ¿quiere decirme si eso de ahí arriba es el sol o la luna?
—¿No lo sabe usted?
—No, señor; soy forastero.

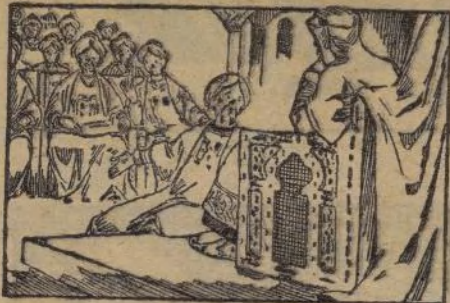
Pucho es un "nene" puertorriqueño, que nos envía este soberbio retrato de Juan Ponce de León. Hasta el mismo retrato está admirado de la bonito que es, y las plumas del



casco se han esponjado de satisfacción por obra y gracia de la alegría y del mágico lápiz de Pucho.

—¿Cuántos años tiene tú?
—Cuando estamos en casa, seis. Pero cuando vamos en el tren o al teatro, entonces tengo dos y medio.

LA APUESTA DEL BUFÓN



Un rey árabe, Alí I, hallábase rodeado de sus cortesanos y altos dignatarios, cuando la conversación vino a recaer sobre los oficios y profesiones más numerosas. Y, como en casi todas las cosas, hubo casi tantos pareceres como opiniones.

—Hay innumerables carpinteros—dijo un príncipe.

—Y muchísimos herreros—interrumpió un ministro.

—A mi parecer—añadió un cortesano—, si contásemos todos los albañiles de la ciudad...

—¿Y qué decir de los sastres?—observó otro de los presentes.

—Os olvidáis de los carniceros...—dijo el mayordomo.

Y de esta manera fueron todos exponiendo sus opiniones, hasta que, por fin,



Balek, el bufón de la corte, tomó la palabra y habló de esta manera:

—La profesión que tiene más secuaces es, sin duda, la de médico. Los hay a millares, y os los encontraréis a cada paso.

Todos los presentes explotaron en una carcajada.

—¡Este hombre está loco!—Comenzaron a gritar a coro—. ¡Nos viene con esa salida cuando todo el mundo sabe que en toda la ciudad no hay apenas una docena de médicos, y que ésta es una de las profesiones más difíciles y reservadas a hombres de gran talento y experiencia!

—Os hago una apuesta—propuso Balek—, y mañana al anochecer os presentaré la prueba de que en nuestra ciudad hay mayor número de médicos que de carpinteros, herreros, albañiles, sastres y carniceros juntos.

Al día siguiente, bien de mañana, se presentó Balek en el último peldaño de la escalinata de palacio; llevaba la cara envuelta en un pañuelo y tenía aspecto de sufrir grandes dolores.

El primer cortesano que subió la escalinata, se paró junto a él y le preguntó: —¿Qué te pasa, Balek? ¿Tienes dolor de cabeza?

—No. Me duelen horriblemente las muelas. No puedo más—dijo entre gemidos el bufón.

—¿Cuánto le sienta! Deberías lavarte la boca con un poco de sal disuelta en agua—le aconsejó el cortesano.

—Gracias por el consejo—replicó Balek—. Lo seguiré.

Llegó a poco otro cortesano y le preguntó:

—¿Te duelen las muelas, pobre Balek?

—Me vuelvo loco de dolor—respondió el bufón.

—¿Por qué no mareas hojas de hiedra? Es un remedio maravilloso. Pruébalo y te convencerás.

—Lo probaré.

—¿Por qué no te arrancas la muela?

—le preguntó otro transeúnte.

—Lo mejor es hacer gárgaras de vina-



gre—le aconsejó otro que llegaba en aquel instante.

—Ponte paños calientes—le aconsejó un oficial.

Y entre todas las personas que entraban en palacio, no hubo una sola que no indicase al bufón algún remedio para curarle su dolor de muelas.

Aquella misma tarde Balek se presentó al rey, y quitándose el pañuelo que le cubría la cara, declaró solemnemente:

—Sea Vuestra Majestad quien juzgue y sentencie sobre nuestra apuesta. He pasado todo el día sentado en la escalinata de palacio y he hallado quinientos doctores, cada uno de los cuales me ha dado una receta para mi dolor de muelas. Ahora bien: ¿quién me podrá ya negar que la profesión de médico es la que ejerce mayor número de hombres?

Y el rey tuvo que darle la razón y sentenciar que Balek había ganado la apuesta.



tenciar que Balek había ganado la apuesta.

PARA LOS ESPONTANEOS

Lo hemos repetido infinidad de veces; volvemos a repetirlo, pues nuestros amiguitos parece que no se enteran. Los dibujos deben enviarse, EN PAPEL BLANCO SIN RAYAR, A TINTA CHINA, EN MARCADOS EN UN CUADRADO DE DIEZ CENTÍMETROS DE LADO.

No viniendo así, no podemos publicarlos. Y lo sentimos.

LOS TRES AVENTUREROS

CONTINUACIÓN



En aquel claro del bosque acamparon un par de días en espera de que los heridos se repusieran; Boston salía por las mañanas y con ayuda de "Leal" cazaban algún conejillo que les servía de alimento.

Al tercer día Rafa ya estaba completamente repuesto, y el animoso Polo, completamente confortado, dió la orden



gastado los tres últimos cartuchos, y de esta manera, desarmados, rendidos y hambrientos, lograron atravesar la selva, y una mañana dieron en una playa erizada de rocas y escollos puntiagudos.

Dos semanas pasaron en una situación de día en día más angustiosa. Sus vestidos estaban destrozados, y, agotadas sus fuerzas, los dos muchachos se dejaron caer sobre la arena de la playa



to "Leal" dió muestra de una extraña inquietud, y subiendo a la cima de un escollo comenzó a ladrar desaforadamente. El noble animalito bajó como un rayo del escollo y comenzó a morder en la ropa de Boston y de Polo como si quisiera arrastrarlos a la playa. El negro haciendo un esfuerzo sobrehumano se alzó a medias, y al dirigir la mirada al mar una exclamación de sorpresa, de



de marchar poniéndose en camino los tres aventureros.

Días y días caminaron los fugitivos a través de la selva virgen e inexplorada. Afortunadamente para ellos la Providencia parecía protegerles evitando que se encontraran en su camino con las bestias feroces y las fieras dañinas. El fusil era ya un arma inútil, pues habían



inhospitalaria, y el mismo Boston, el hércules de las fuerzas prodigiosas, cayó también aquella misma tarde, rotas sus energías por el rudo batallar. Así cayeron los tres aventureros, sin ánimo para moverse, dispuestos a morir.

Solamente el fiel "Leal" saltaba alrededor de sus amos procurando reanimarlos con sus caricias. Pero inútil; los tres aventureros no podían moverse. De pron-



asombro brotó de sus labios, y haciendo un esfuerzo aún mayor consiguió arrastrarse hasta la playa sin cesar de dar gritos llamando a sus compañeros.

¿Qué era lo que tan poderosamente había reanimado al atleta? ¿Conseguirían aún salvarse?

(Continuará)



Vais a ver una tragedia que ocurrió a las siete y media.



Y como tiene un genazo, le sacude un botellazo.



Trespeloso, muy sudoroso, pide un "cóctel" gaseoso.



Pero Trespeloso se agacha, y hace "gol" en un tío fachá.



Le mira el señor de al lado, y lo deja remojado.



Se levanta, malherido, dispuesto a darle un metido.



El señor, con gran presteza, va a pisarle la cabeza.



Y practican con afán el "Cacht as cacht as cacht can".

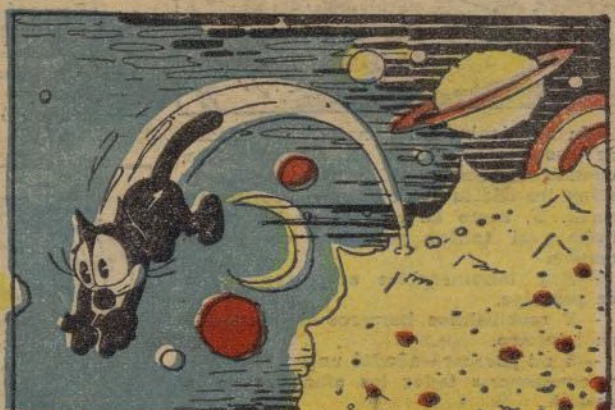
ANDANZAS DEL GATO FELIX



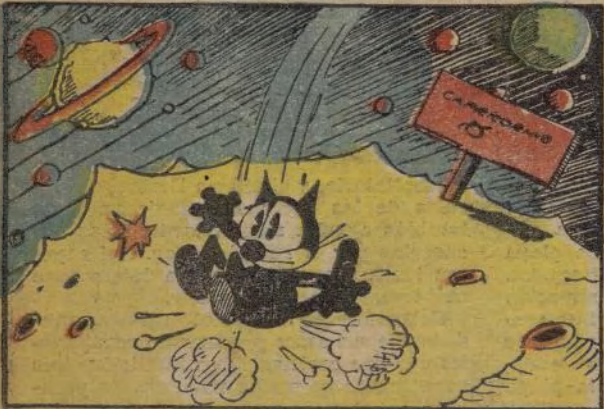
Como recordaréis, Félix, el gato, fué a caer a Tauro, y más escamado que un besugo, comenzó a recorrer los dominios del Tauro, pidiendo a Dios no tropezarse con el señor de aquellos dominios, de quien nada bueno esperaba.



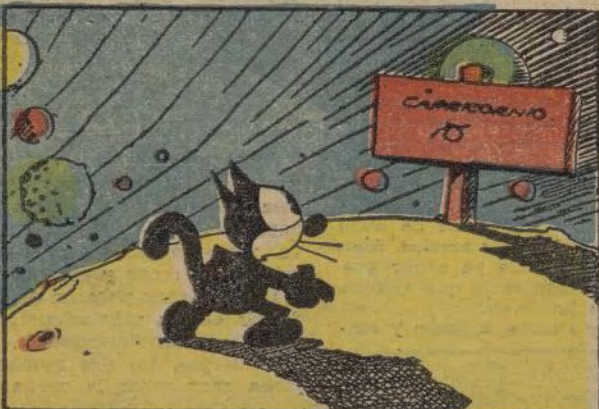
Y, efectivamente, no tardó en presentarse el monarca de Tauro, que tenía peor pinta que un morucho de las capeas; al verle, se le pusieron al punta los gatos de pelo—digo no, al revés—y comprendió que iba a haber drama.



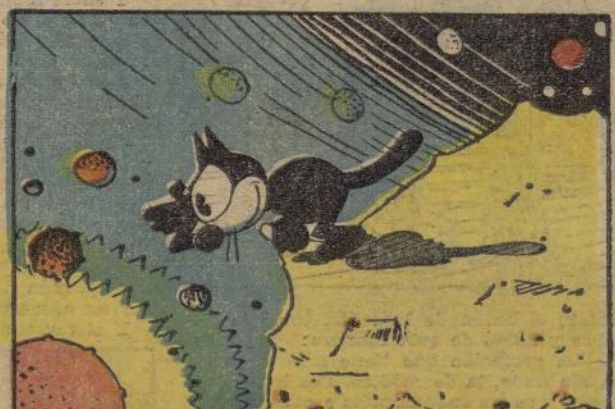
Y como ya tenía la triste experiencia de trastazos anteriores, Félix decidió poner pies en polvorosa, y, dándole marcha a las tabas, salió huyendo de Tauro a doscientos por hora, arrojándose al vacío igual que "El Gallo".



Su salto fué morrocotudo, yendo a parar a Capricornio, que estaba un piso más abajo, con lo cual el gato demostraba que él se reía de los ascensores. El que no se reía era el cu... tis, que, en resumen, era quien las pagaba.



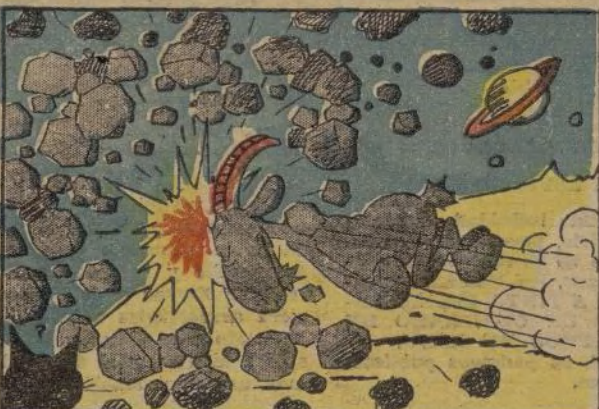
Pronto se cercióró que huyendo de Málaga había caído en Malagón, y que si en Tauro las había pasado negras, allí las iba a pasar pardas por lo menos, pero no había más remedio que aguantar marea y capear el temporal.



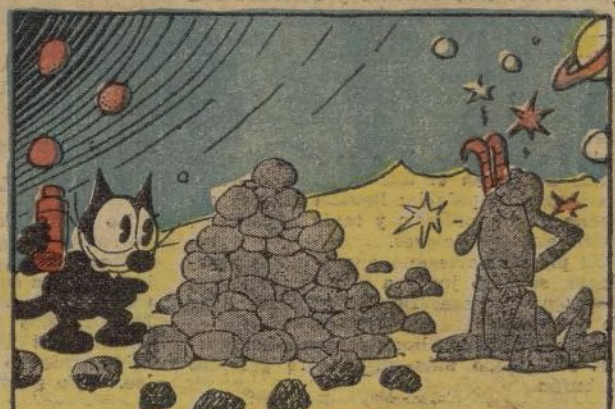
Su primer pensamiento fué el de dar otro saltito y trasladarse de domicilio, pero quedó aterrado al echar una visual hacia abajo y comprobar que si se tiraba desde allí se hacía migas sin remedio alguno.



En esto oyó a su espalda una carrera vertiginosa, mucho más vertiginosa que la carrera de la Vuelta a Francia, y vió llegar, dispuesto a tomar represalias, al dueño y señor de Capricornio, al que se dispuso a burlar.



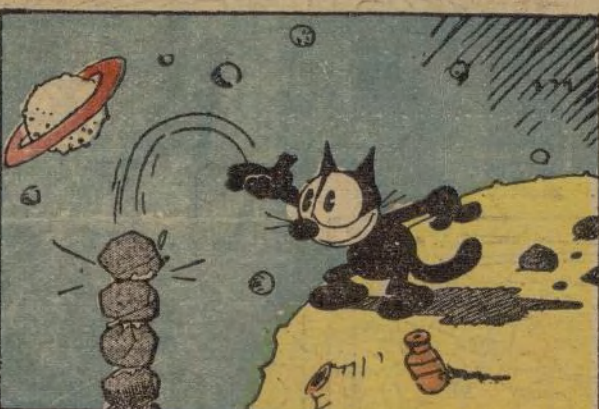
Y como burla es de burladero, nuestro gato se parapetó detrás de una peña más dura que una rosquilla del santo, contra la que se sacudió la cabra de Capricornio, haciendo adoquines de la peña al ímpetu del testarazo.



La cabra quedó "grogui" del todo, no sabiendo si se había dado contra una peña o si había leído un cuento vanguardista, a juzgar por lo que le dolía el "torrao", y Félix pensó aprovecharse de su inconsciencia para huir.



Y, listo, como siempre, vió una estrella que se había dormido la siesta y la tiró un adoquín, bien impregnado de cola, pues tenía el decidido propósito de escapar antes de que la cabra se recobrase de su atontamiento.



Su excelente puntería le permitió hacer caer la piedra sobre la estrella dormida. Acto seguido, arrojó otra y otra, y de esta manera las piedras, pegándose unas contra otras, le facilitaron una curiosa escala.



Y por quella escala, que, de patentarla, se haría más famosa que la de Milán, bajó Félix hasta la estrella dormida, escapando del peligro inminente de morir a cuernos de la cabra. ¿Qué sería ahora de él?

(Continuará.)